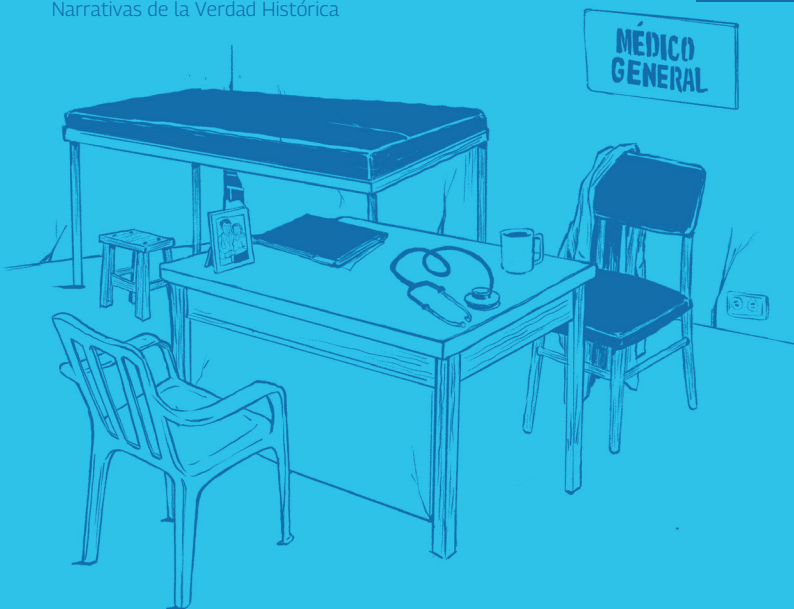




Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

5



El protocolo



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 5

El protocolo

Este relato pal desolvido se deriva del informe 19:
El Bloque Central Bolívar y la expansión de la violencia paramilitar. Tomo III: Quisieron matar la utopía: la imposición del orden no deseado, perteneciente a la serie Informes sobre el Origen y la Actuación de las Agrupaciones Paramilitares en las Regiones, publicado por el Centro Nacional de Memoria Histórica en noviembre de 2022.



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 5

El protocolo

Colección • Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

**Centro Nacional de Memoria
Histórica**

María Gaitán Valencia
Directora general

Carlos Mario López Rojas
**Director técnico de la Dirección
de Acuerdos de la Verdad (DAV)**

Natalia Escobar Sabogal
**Línea metodológica y conceptual
Apropiación Social de la Verdad
Histórica de la DAV**

Juan Biermann López
Investigación y redacción

Leonardo Parra Puentes
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vannezza Escobar Behar
Lina Margarita Perea Mojica
**Apoyo y acompañamiento a la
revisión técnica**

Daniel Fernando Polanía Castro
**Profesional especializado Estrategia
de Comunicaciones**

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Angie Sánchez Wilchez
Bibiana Alarcón Guerrero
Liz Castro Castro
Corrección de estilo

Primera edición: diciembre 2025

Número de páginas: 24

Formato digital: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7792-63-0

ISBN digital: 978-628-7792-75-3

ISBN colección impreso:

978-628-7792-55-5

ISBN colección digital:

978-628-7792-69-2

Imprenta Nacional de Colombia

Impreso en Colombia - Printed in
Colombia

Queda hecho el depósito legal

© **Centro Nacional de Memoria
Histórica**

Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31

Bogotá, D. C., Colombia

PBX: (601) 7965060

comunicaciones@cnmh.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica.
(2025). *El protocolo*. CNMH.

Los nombres de todos los personajes
que protagonizan estos Relatos pal
Desolvido son ficticios.

Este libro es de carácter público.

Puede ser reproducido, copiado,
distribuido y divulgado, siempre y
cuando no se altere su contenido, se
cite la fuente o, en cualquier caso, se
disponga la autorización del Centro
Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica

El protocolo / investigación y redacción Juan Biermann López ;
diseño, diagramación e ilustración, Leonardo Parra Puentes ; línea
metodológica y conceptual Natalia Escobar Sabogal ; edición
Linda Carolina Rodríguez. -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia :
CNMH, 2025. -- (Colección Relatos pal Desolvido. Narrativas de la
Verdad Histórica; relato n.º 5)

24 páginas : ilustraciones.

ISBN impreso: 978-628-7792-63-0

ISBN digital: 978-628-7792-75-3

ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5

ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Cuentos colombianos – Siglo XXI 2. Novelas gráficas
colombianas 3. Literatura colombiana 4.
Desaparición forzada 5. Paramilitares – Colombia 6. Víctimas
de tortura I. Biermann López, Juan, investigador II. Rodríguez
Tocarruncho, Linda Carolina, editora III. Centro Nacional de
Memoria Histórica IV. Título V. Serie.

CDD: 863.44

CO-BoCMH



Hijo único de madre viuda, desde pequeño Alejandro se destacó por su buen desempeño académico. Tras graduarse de bachiller, siendo aún menor de edad, se presentó a Medicina (en la Universidad Nacional); y para alegría de Magnolia (su mamá) y orgullo de su modesto colegio de barrio, Alejandro fue admitido.

También desde pequeño, el interés por la medicina acompañó a Alejandro. Lo fascinaba la idea de curar enfermedades aplicando conocimientos científicos. Así que, desde el primer semestre de la carrera, poco tiempo dedicó a socializar y mucho a devorar gruesos volúmenes de ciencias médicas.

Alejandro logró avanzar sin muchas dificultades, aunque haciendo un enorme esfuerzo, hasta concluir las asignaturas propias de la carrera, lo que le tomó unos cinco años. Para obtener el título de médico, aún debía hacer un año de práctica rural.

Luego de hacer múltiples averiguaciones, y gracias a los buenos oficios de algunos docentes, consiguió que la universidad le encontrara un lugar donde poder realizar su práctica rural: el puesto de salud del corregimiento de Lusitania, municipio de Puerto Rico, en el departamento de Caquetá.

Doce horas le tomó ir en un bus de Bogotá hasta la capital caqueteña y otras tres horas, en otro bus, en llegar a la cabecera municipal. Desde allí, pagó una lancha que lo llevó río arriba, por el cauce del Riecito, hasta el corregimiento de Lusitania.

Llegó mediando febrero de 2003, próximo a cumplir 24 años. Antes de buscar dónde alojarse, Alejandro se presentó ante la autoridad local, en este caso el representante del alcalde allí, un hombre llamado Raúl Tirado, cuya apariencia y coloración de piel le dio la impresión a Alejandro de estar ante un paciente crónico de algún malestar biliar o alguna enfermedad hepática.

Raúl Tirado lo saludó sin mucho entusiasmo, lo condujo a una pequeña casa de paredes recién encaladas y le indicó que allí funcionaría

el puesto de salud. El joven quedó desolado al ver que no había ni bombillos suficientes para iluminar el interior de esa casa, además de carecer de lo mínimo para poder ejercer su profesión. Escasamente había un par de mesas y unas cuantas sillas plásticas; y ni hablar de equipos médicos.

—Esto es lo que hay —dijo Tirado limpiándose una uña con la llave de la casa—; ¡Ah! y aquí a la vuelta están arrendando una casita que entregan ya amoblada.



Lentamente el pueblo se fue enterando de la llegada de un joven médico, estudiante de una universidad pública capitalina. Poco a poco, algunas personas se asomaron al «consultorio»; y con los escasos instrumentos con los que contaba (traídos por él mismo en su maleta al viajar allá), Alejandro examinaba a los pacientes, los escuchaba e iba generando (en hojas y carpetas facilitadas por la secretaria del representante del alcalde) un pequeño archivo con las historias clínicas.

La mayor motivación de Alejandro para aceptar viajar a ese apartado pueblo a ejercer como médico fue la posibilidad de aplicar sus conocimientos y ampliar las fronteras de la ciencia médica. Soñaba con emular al gran Carlos Chagas —médico brasileño que descubrió y describió la tripanosomiasis americana— y tener el compromiso del egregio Daniel Carrión, médico peruano que dio su vida para estudiar y entender la enfermedad que lleva su nombre.

Sin embargo, en el pueblo, a falta de los equipos necesarios, pronto sus ansias de figurar en las páginas gloriosas de la ciencia médica se fueron desinflando. Aunque no por ello dejó de prestar atención a sus pacientes, hasta que logró identificar que muchos de ellos y ellas presentaban síntomas propios de dolencias estomacales, asociadas a la gastritis.

Dada la frecuencia y cantidad de casos similares, inspirado por su vocación, Alejandro sospechó que los habitantes del pueblo debían estar consumiendo algún vector portador de una bacteria responsable de su gastropatía (como Alejandro la llamaba). Así que lo primero que hizo fue averiguar de dónde provenía el agua consumida en el pueblo. Raúl Tirado le explicó que, dada la abundancia del preciado líquido en la región, disponían de diversas fuentes, desde el agua lluvia, hasta el cauce de algunas quebradas cercanas, incluyendo la Comedulce.

Alejandro descartó entonces esa opción y, sin quitarse su bata blanca, recorrió el pueblo varias veces. Descubrió que allí había un solo restaurante (no abierto todos los días), algunos

expendios de cerveza y una panadería, encargada de proveer pan a la comunidad. En esta última fijó su atención.

Alejandro empezó a visitar regularmente la panadería, probando cuidadosamente sus panes y tratando de establecer cercanía con Paulino, el panadero, y con su familia. Aunque esto último no resultó sencillo porque poco hablaba el panadero; su esposa —Darly, a la que solo vio una vez— lucía retraída en un rincón, con la mirada perdida; y su hija —Andrea, que colaboraba atendiendo los clientes—, poco menor que Alejandro, nunca miraba a nadie a los ojos.

Entre visita y visita, Alejandro notó varias cosas: a Paulino le faltaban algunos dedos en ambas manos; Andrea caminaba de forma curiosa, como si sufriera de alguna dolencia en la cadera que le dificultara el andar. Y, en cuanto a la esposa del panadero, con la sola vez que la vio le bastó para suponer que la señora vivía totalmente desconectada de la realidad.

Quizá por su impericia, su imprudencia juvenil o su curiosidad científica, Alejandro no se contentó y preguntó al panadero: ¿qué le pasó en las

manos?, ¿por qué su hija camina así?, ¿qué tiene la señora que no habla ni parece interesada en el mundo que la rodea?

El panadero respondió sus preguntas. En otro tiempo, él trabajó abriendo trocha en la selva, y fue así como perdió los dedos que le faltaban en las manos. Su hija se cayó un día de un caballo y desde entonces caminaba «torcido». Su esposa tenía una enfermedad hereditaria de nombre extraño, que la llevaba a estar siempre despistada.

Alejandro, al escuchar las respuestas, tuvo la impresión de que Paulino no le había dicho toda la verdad. Sin embargo, concluyó que la actitud del panadero era síntoma de que aún no se había ganado su confianza. Así que, recordando algo aprendido en la universidad —«para curar a un paciente, primero hay que lograr que el paciente confíe en uno como médico»—, decidió aumentar la frecuencia de sus visitas a la panadería y tratar, a su manera, de «merecer la confianza» del panadero.



La hipótesis de que algo en el pan podía estar causando los malestares estomacales tomó fuerza un día en el que Alejandro sintió un leve malestar después de haber visitado la panadería. Esto lo entusiasmó y se animó a preguntarle al panadero por el origen de los ingredientes que usaba.

El panadero le contó que la harina, la mantequilla y la levadura se las traían directamente cada semana desde Florencia; y agregó que así ocurría con las demás panaderías de los otros municipios del departamento.

Días después, una tarde en la que Alejandro conversaba con Paulino junto al horno de los panes, fueron interrumpidos por el rugir de algunas motos de alto cilindraje que traían hombres que hablaban casi a los gritos.

—¿Quiénes son? —preguntó Alejandro al ver palidecer al panadero.

—Vienen por la vacuna, por la vacuna... —balbuceó como respuesta.

—¡Paulino! No sabía que usted aplicaba inyecciones —retomó Alejandro tratando de ser gracioso.

—Tiene que esconderse, tiene que esconderse —habló nervioso el panadero—, se me va hondo si lo pillan acá...

El joven, sin entender la gravedad de la situación, sí logró notar que el panadero no estaba para dar explicaciones, así que decidió obedecerle, escondiéndose tras unos sacos de harina. A los pocos segundos, entraron tres hombres uniformados fuertemente armados y luego otros tres. Alejandro pudo verlos por el reflejo de un vidrio.

Uno de los recién llegados, sin mediar saludo, le exigió al panadero que le dijera dónde estaba el «mediquito subversivo que mandaron los guerrilleros desde Bogotá». Paulino negó haberlo visto recientemente y añadió que lo más probable era que estuviera en el puesto de salud.

El recién llegado no le creyó y, agarrando con fuerza al panadero, lo amenazó diciéndole que él no tenía ningún problema en cortarle otro dedo o los dedos que hicieran falta para hacerlo confesar.

—Es más, Paulinito —continuó aquel hombre amenazante y armado—, les puedo decir a mis hombres que le terminen de romper la cadera a su Andreita...

Pese a las amenazas, el panadero no cambió su respuesta. Solo agregó que si llegaba a ver al joven médico no tardaría en darles inmediato aviso.

Al escuchar todo esto, Alejandro empezó a temblar, haciendo un enorme esfuerzo por quedarse muy quieto. De repente, así como llegaron, los hombres se retiraron dando voces, diciendo que la próxima vez se llevarían algún «trofeo».

Tras asegurarse de que ya se habían alejado, el panadero le pidió a Alejandro que saliera de la panadería por una puerta trasera; y que por allá no volviera nunca jamás. Antes de obedecerle, Alejandro le alcanzó a preguntar por qué esos

hombres lo andaban buscando, si él solo había venido a aportar su conocimiento médico a la comunidad.

—A esa gente no le gusta el delantal que usted lleva.

—Pero si es igual que el suyo, Paulino —se defendió el joven.

Con un gesto, el panadero le señaló que en su delantal no tenía bordado el escudo de la Universidad Nacional.

—Mejor es que se vaya, pelao, antes de que le apliquen «el protocolo».

Una vez fuera de la panadería, Alejandro dirigió sus pasos hacia la casita que alquiló para habitar. Durante el trayecto, alcanzó a pensar muchas cosas. Por ejemplo, que el pan no tenía nada que ver con el malestar gástrico de los habitantes del pueblo. También pasó por su cabeza llamar a su mamá, para que informara en la universidad que él tendría que salir del pueblo.

Sus cavilaciones fueron interrumpidas ante el espectáculo del puesto de salud en llamas; y, en sus paredes, con pintura negra, grabadas las

siglas de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y las del Bloque Central Bolívar (BCB), junto a la frase: «Muerte a gerrillos de blanco».

Finalmente llegó a su casa; y no tuvo que usar la llave para entrar. Una vez adentro, alguien le cerró el paso a su espalda y una silueta a su lado le propinó un culatazo en la quijada que lo arrojó directo al piso. Entre varios hombres uniformados lo amarraron y pusieron en marcha «el protocolo», mientras Alejandro gritaba que él no había hecho nada malo.

Una vez bien atado, lo subieron a una camioneta donde lo torturaron con pinzas y alicates. Alejandro, en un arranque de desesperación y dolor, solo atinó a declamar aquella parte del juramento hipocrático que dice: «Todo lo que vea u oiga en el ejercicio de mi profesión, o fuera de él, en mi trato con los hombres, si no debe ser divulgado, lo guardaré en secreto, considerándolo como un misterio sagrado». Mientras él repetía una y otra vez estas palabras, sus torturadores también insistían: ¿cuál es su alias?, ¿para qué frente guerrillero actúa?, ¿por qué visita tanto al panadero?, ¿por qué siempre anda con ese delantal subversivo?

Trascurridas así algunas horas, la tarde ya moribunda, la camioneta se detuvo a la vera de una quebrada. Bajaron a Alejandro a empellones. Uno de los torturadores exclamó: «Este no va a cantar». Otro hombre, que iba en el asiento del copiloto de la camioneta, golpeó entre insultos al joven, le quitó la bata ensangrentada y, mirando a sus subalternos, ordenó: «Procedan».

Doña Magnolia no pierde la esperanza de hallar algún día a su hijo. Ya sabe que no es cierto lo que un presunto guerrillero le contó a un prestigioso medio de comunicación capitalino: que Alejandro se unió a la guerrilla, que ahora lleva el alias de Galeno o Galeano, y que fue el mismo Alejandro quien le prendió fuego al puesto de salud.





Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanea con tu celular el siguiente código QR:



O ingresa al siguiente enlace:



<https://centrodememoriahistorica.gov.co/el-bloque-central-bolivar-un-entramado-entre-fuerza-publica-narcotrafico-y-politica/>



Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir
en la Imprenta Nacional de Colombia
en diciembre de 2025.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon las familias
tipográficas Noto Serif y Georama



¿Quién no ha soñado con ser una leyenda de la profesión que ha estudiado? Sin embargo, estamos en Colombia y hay sueños que se truncan por miedos ajenos, por malinterpretar intenciones, por querer ayudar a la gente que sufre a causa de la codicia ajena. De ahí esta historia.
